

la entrevista meta, mas nos sentimos con aliento suficiente para ultrapasarla. Y a exponerle nuestros esfuerzos y las convicciones en que se inspiran se contrae esta carta que quisiera llevarle la certeza de que pronto hemos de «agruparnos alrededor de usted para escucharle como los discípulos de Próspero».

A los iniciadores de esta idea sencillísima de reunir en un congreso fraternal a los pensadores de nuestra América se nos pregunta con frecuencia qué finalidad tendría la reunión deseada. Hay quienes no sólo preguntan; hay quienes oponen al proyecto objeciones más o menos atendibles.

Esa actitud ya escéptica, ya pesimista, ya meramente obstruccionista de quienes no han tenido la suerte de recoger en los ojos un reflejo de la luz profética de que estaban llenos los mensajes del maestro, sorprende de pronto a las inteligencias que se han formado al calor y al resplandor inefables de esa luz. Mas, si no existieran ese escepticismo, ese pesimismo y ese espíritu obstruccionista, no sería necesaria la *organización del apostolado* (aunque parezcan contradictorios estos términos) que ahora propugnamos.

Se explica la actitud de los escépticos sinceros (a las objeciones insinceras no les hacemos el honor de ser consideradas) después de tantos años de absoluto desconcierto. Cierta fuerza de inercia mental induce — aún a hombres de reconocida perspicacia como don Leopoldo Lugones—que «siempre será así» mientras no aprendamos a disciplinarnos cada uno aisladamente, es decir, pueblo por pueblo. A nada conduciría, en efecto, una unión de desconciertos. Pero ¿no es evidente la falsedad de ese argumento si se mira que, en realidad, el desconcierto proviene precisamente de la no existencia interior de órgano cuya eficacia pretende negarse *a priori*? Se ha ensayado hasta el cansancio, es verdad, con casi nulos resultados, el método de las conferencias. Las de Europa han sido sólo fracasos estruendosos. Las de América... mal nacidas, no han sido — a pesar de eso — tan inútiles. Las únicas conferencias que no se han llegado a realizar son precisamente aquellas que por su propia índole y tendencias tenían poco menos que descontado el éxito feliz: *las conferencias hispano-americanas o latinoamericanas, no oficiales*.

El famoso proyecto de Bolívar, tan magistralmente comentado por Monteagudo en su *Ensayo sobre la necesidad de una federación general entre los estados hispanoamericanos y plan de su organización*, lleva un siglo de postergación. La torpe política de aislamiento en que hemos vivido desde los primeros fracasos del plan ideado por Bolívar sería inexcusable e imperdonable si no pudiera señalarse como causas atenuantes las intrigas lugareñas y las ocultas influencias europeas. De todos modos ¿cómo explicarse, sin sentir conatos de ira contra la ceguera reinante, la apatía y la indiferencia de nuestros estadistas, diplomáticos y publicistas para con todo lo que al plan de Bolívar se refiere desde 1825 hasta la iniciación de los Congresos panamericanos provocada por Blaine? ¿Cómo ha sido posible aceptar lógicamente la conveniencia y la utilidad de los Congresos panamericanos al mismo tiempo que se miraba con negligencia, si no con desdén, la idea de la unión

iberoamericana? ¿Qué causas extrañas concurren para extraviar el criterio político de nuestros dirigentes hasta el extremo de que en 1862 quedasen paralizadas las gestiones tendientes a la unificación y armonía? ¿Qué extraña locura mantuvo señeros y aislados a nuestros gobiernos y nuestros pueblos, entregados al régimen de los egoísmos y de las rivalidades más torpes, hasta culminar en el crimen imperdonable del 79? ¿Hubiera sido posible esa guerra infame y miserable si el plan de una *Liga de los pueblos hispanoamericanos* hubiera seguido siquiera discutiéndose? ¿Por qué bastó la negativa del ministro argentino Elizalde a suscribir un tratado para paralizar las negociaciones cuya utilidad, en forma más amplia y general, él mismo reconocía al contestar la nota de propuesta del plenipotenciario peruano Buenaventura Seoane? ¿Qué miopía predominaba entonces en las inteligencias que impedía ver la necesidad de esa «alianza moral, no política, de estos pueblos identificados en intereses y en esperanzas» a que se refería el ministro colombiano, señor Ancizar, en nota dirigida a su colega costarricense con fecha de junio 6 de 1862?...

Pero, en fin, no vamos a hacer la historia lamentable de los fracasos. Intentamos, más bien, enderezar los rumbos.

¿Qué lo impide? ¿Qué obstáculos han ido aumentando la increíble ineptitud política de los hombres de las décadas pasadas en el camino hacia la unión bellamente concebida por Bolívar y que hoy tan fervorosamente sienten las nuevas generaciones? Ya tenemos por delante innumerables intereses con sus cortejos de mala fe y de intrigas. Mas para nuestro proyecto, para el primer paso que intentamos dar en el gran camino, ningún obstáculo de los actuales resulta insuperable.

Dentro de los estrechos límites a que nos reduce esta carta—que no intenta por cierto llevar al espíritu del gran maestro convicciones y conceptos en los que es inmensamente rico—examinemos la situación actual de nuestros pueblos frente a los embolismos de la vida internacional europea, embolismos en los que—quieran o no reconocerlo oficialmente, los norteamericanos están vitalmente comprometidos.

Ya desde fines del siglo XIX podía presentarse esquemáticamente el desplazamiento de los centros progresivos del esfuerzo cultural y civilizador, diciendo que si en el siglo XVIII el lábaro de la civilización occidental había pasado de Europa a Norte América, todo indicaba que en el siglo XX éste pasaría a conferir grandeza y dignidad y significación universal a los pueblos del Sur. No otra interpretación puede darse a las elocuentes y magistrales manifestaciones de Sáenz Peña y otros delegados hispanoamericanos en las primeras deliberaciones producidas por la *desviación yanquilandesa* del ideal bolivariano. Si desde hace treinta y cinco años la diferenciación y el distanciamiento cultural e institucional entre el grupo del Norte y el del Sur era evidente, aun prescindiendo de las cuestiones de raza, idioma, cultos y tradiciones: ¡cuánto más real y profunda es la *diversificación* producida por el desarrollo político, económico e industrial de los últimos años, cuyas escorias ha puesto a flote el crisol de la guerra! Los últimos acontecimientos de la historia universal han incorporado para siempre—si no lo remedia la potente reac-